
*Medio científico-técnico y urbanización.
Tendencias y perspectivas**

Como el proceso de transformación de la sociedad industrial en sociedad informacional no se ha completado enteramente en ningún país, vivimos simultáneamente un período y una crisis. Este hecho asegura, igualmente, la percepción del presente y la presunción del futuro, siempre que el modelo analítico adoptado sea tan dinámico como la realidad en movimiento, y reconozca el comportamiento sistémico de las nuevas variables que dan un significado nuevo a la totalidad.

En ese ejercicio, el punto de vista adoptado aquí y, especialmente, el de nuestro campo de estudio, es el del espacio territorial, el espacio humano. Pero la interdependencia -a nivel global- de los factores actuales de construcción del mundo debe asegurar a estas propuestas un cierto interés en lo que se refiere a las demás ciencias sociales. Con la globalización del mundo, las posibilidades de un enfoque interdisciplinar son mayores y más eficaces, en la medida que al análisis fragmentador de las disciplinas particulares puede más fácilmente suceder un proceso de reintegración o de reconstrucción del todo. En ese proceso de conocimiento, el espacio tiene un papel privilegiado porque cristaliza los momentos anteriores; y es el lugar de encuentro entre el pasado y el futuro, mediante las relaciones sociales del presente que en él se realizan. Cuando se propone un enfoque particular con una visión contextual, debe ser posible, a través de la suma de estudios sectoriales, recuperar la totalidad. Y la globalización de las relaciones sociales, así como el carácter aparentemente intransitable de la modernidad

* Traducción de "Meio Técnico-Científico e Urbanização: Tendências e Perspectivas", in Revista *Resgate* Nro. 3, 1991, pp.76-86.

actual son, por otro lado, datos que deben permitir una visión prospectiva.

Desde luego, algunas ideas de base parecen importantes. La primera es la cuestión de la crisis, no sólo como una transición entre períodos, sino también la crisis como período. En la historia de los países subdesarrollados dentro del sistema capitalista, es tal vez la primera ocasión que nos encontramos frente a un momento de crisis que también se caracteriza como un período. Las variables definidoras de esa crisis también son las variables que llegan para permanecer, y que dan un nuevo carácter a las realidades que nos rodean.

Otro dato a subrayar es que ahora, más que en cualquier otro momento de la historia de la humanidad, gracias a la mundialización capitalista, hay una solidaridad de las mutaciones en el plano mundial que, en gran parte, se administra. La administración de la solidaridad, sea como colaboración entre países y empresas o como una nueva forma de dependencia, es un dato fundamental para entender lo que sucede, particularmente en los países subdesarrollados.

En tercer lugar, debemos destacar que las actuales mutaciones urbanas, muchas de ellas más cualitativas que materiales, aparecen como parte de las mutaciones concomitantes de la sociedad y del espacio.

7.1 El medio técnico-científico

La fase actual, desde el punto de vista que aquí nos interesa, es el momento en el cual se constituye, sobre territorios cada vez más vastos, lo que se llamará medio técnico-científico, es decir, el momento histórico en el cual la construcción o reconstrucción del espacio se da con un contenido de ciencia y de técnica.

El medio natural era la fase de la historia en la cual el hombre escogía de la naturaleza aquello que era fundamental para vivir. Así, el grupo valorizaba diferentemente esas condiciones naturales que, sin gran modificación, constituían la base material de su existencia. Hacia fines del siglo XVIII, y especialmente durante el siglo XIX, el territorio se mecaniza.

Podemos decir que ese es el momento de la creación del medio técnico, que sustituye al medio natural. Hoy, es insuficiente esa categoría y es necesario hablar de medio técnico-científico, con tendencia a superponerse, de forma diferente en cada lugar, al medio geográfico.

A partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, el territorio se presenta, cada día, con un contenido mayor en ciencia, en tecnología y en información. De ese modo, las remodelaciones que se imponen al territorio, tanto en el medio rural como en el medio urbano, no se llevan a cabo sin tener en cuenta esos tres datos.

En consecuencia, surgen cambios importantes, por un lado, en la composición técnica del territorio y, por otro, en la composición orgánica del territorio, gracias a la cibernética, a las biotecnologías, a las nuevas químicas, a la informática y a la electrónica. Todo esto hace que el territorio contenga, al paso de los días, más y más ciencia, más y más tecnología, más y más información. Ese proceso ocurre de forma paralela a la científización del trabajo y a la informatización del territorio. Se puede incluso decir que el territorio se informatiza más y más rápidamente que la economía o que la sociedad. Sin duda, todo se informatiza, pero en el territorio ese fenómeno es aún más evidente porque su tratamiento supone el uso de la información, que está presente también en los objetos.

Los objetos geográficos, cuyo conjunto sería la configuración territorial que define el propio territorio, están, cada día, más saturados de información. Y la diferencia entre esos objetos es tanto la información necesaria para trabajarlos, como la diferencia de la información que ellos mismos contienen por su propia realidad física.

Asimismo, en este período aumenta exponencialmente el número de objetos. En los últimos treinta años se crearon en la Tierra más objetos que en los treinta mil años anteriores. En virtud de que los objetos creados están dotados de intencionalidad específica, lo cual no era necesariamente un hecho en los períodos históricos anteriores, también se multiplica el número de flujos sobre el territorio. Con objetos muy numerosos y diferentes aumenta el número de flujos que esos objetos pueden acoger o emitir, tanto desde un punto de

vista cualitativo como desde un punto de vista cuantitativo. Por consiguiente, el territorio cambia de definición.

Otro dato es que los objetos actuales nacen con una vocación mercantil, en contraposición con los objetos creados en períodos anteriores. Si bien algunos tienen una vocación simbólica, la mayor parte de los objetos tiene una vocación mercantil. De modo que cuanto más especulativa es la especialización de las funciones productivas, tanto más alto es el nivel del capitalismo y de los capitales involucrados en aquella área. Correlativamente, existe una tendencia a flujos más numerosos y cualitativamente diferentes.

De ahí, la presencia de una especialización extrema de tareas en el territorio según una vasta tipología de producciones. Esa especialización es tanto más sutil y necesaria porque esas producciones no son un dato puramente técnico: toda producción es técnica pero también socioeconómica. Por esa razón, existe una subdivisión y diferenciación extrema de esas producciones.

De esa manera, el territorio nacional tiende a una especialización cada vez mayor. Durante mucho tiempo se afirmó -en el caso brasileño- que el campo era hostil al capital, un obstáculo a su difusión, pero lo que vemos es lo contrario, el campo no es hostil al capital sino que acoge el capital nuevo y lo difunde rápidamente. El contagio del capital acarrea nuevas formas tecnológicas, nuevas formas organizacionales, nuevas formas ocupacionales, que se instalan rápidamente en el campo. Es una tendencia que se observa claramente en las áreas económicamente más avanzadas, pero que también ya se hace presente en subespacios menos desarrollados.

Esas especializaciones del territorio, desde el punto de vista de la producción material, son la raíz de las complementariedades regionales; hay una nueva geografía regional que se diseña sobre la base de la imposición de una nueva división territorial del trabajo. Esas complementariedades hacen que surjan necesidades de circulación, que se vuelven frenéticas en el territorio brasileño en la medida que avanza el capitalismo; una especialización territorial que es tanto más compleja cuanto más grande sea el número de productos y la diversidad de su producción.

Estamos frente a una nueva base en cuanto a la división territorial del trabajo. Esta se profundiza y, de ese modo, lleva a más circulación y más movimiento en función de la complementariedad necesaria. Más circulación y más movimiento permiten profundizar la división territorial del trabajo y eso crea, a su vez, más especialización del territorio. El círculo virtuoso (¿o será vicioso?) se amplía.

El creciente contenido en ciencia y técnica del espacio conlleva una serie de consecuencias. La primera de ellas, ciertamente, es una nueva composición orgánica del espacio, debido a la incorporación más amplia de capital constante al territorio y a su instrumentalización, al mismo tiempo que aparecen nuevas exigencias en cuanto al capital variable indispensable (instrumentos de producción, semillas seleccionadas, fertilizantes adecuados, pesticidas, etc.). Como consecuencia de las nuevas condiciones creadas por el uso de la ciencia y de la técnica en la transformación del territorio, hay una mayor expresión del asalariado desde diversas formas (según las regiones), una mayor necesidad de capital adelantado, lo cual explica la enorme expansión del sistema financiero. El mapa respectivo muestra cómo surgen en el territorio brasileño cada vez más bancos, de tal manera que podríamos decir que, si en los años cincuenta el nexo que explicaba, de cierta forma, la expansión capitalista y la urbanización era el consumo, desde fines de los años setenta ese nexo lo da el crédito. De esta forma, existiría una creditización del territorio, que dará una nueva cualidad al espacio y a la red urbana.

Cabe, igualmente, recordar que en esta fase toma cuerpo aquella antevisión de Marx, según la cual cuando fuese vigente el trabajo universal, es decir, el trabajo intelectual, forma de universalización de la producción, tendríamos una mayor área de producción, con una menor arena de la producción. Esto implica que la producción en todas sus instancias se da en áreas mayores del territorio, y el proceso productivo directo se da en áreas cada vez menores. Esa tendencia, que se puede reconocer fácilmente en Brasil, fue posible, en buena parte, por la posibilidad de difusión de los mensajes y órdenes en todo el territorio nacional, a través de los

enormes progresos obtenidos con las telecomunicaciones. La creditización del territorio y la dispersión de una producción altamente productiva no se habrían concretado sin la informatización del espacio brasileño. Hoy es posible usar el territorio a través del conocimiento simultáneo de las acciones emprendidas en diversos lugares, por más distantes que estén. Ello permite, también, la implantación de sistemas de cooperación mucho más anchos, amplios y profundos, ahora asociados más estrechamente a motores económicos de orden no sólo nacional, sino también internacional. De hecho, los acontecimientos actuales están dotados de una simultaneidad que se distingue de las simultaneidades precedentes porque la mueve un único conjunto motor: la plusvalía a nivel mundial. En último análisis, esa plusvalía es responsable directa o indirectamente de la forma como los acontecimientos se presentan en los diversos territorios. Esa unificación se realiza, en gran parte, a través del nexo financiero y conduce a una reformulación del espacio a escala mundial.

En el caso de Brasil, la adaptación del espacio a las nuevas condiciones del período tiene datos particulares que son, al mismo tiempo, factores de implantación y de aceleración del proceso. Uno de ellos es el modelo económico, un subtítulo del cual es el modelo exportador que, en las áreas más ricas del país, introdujo una estabilidad en el crecimiento con la presencia de cultivos agrícolas modernos. Esto tiene como paralelismo una mayor estabilidad en el crecimiento de las aglomeraciones urbanas correspondientes. Ese modelo exportador agrava su acción en función de la deuda, cuya influencia profundiza los efectos del modelo económico precedentemente establecido.

Podemos decir que en el Sudeste brasileño es significativa la presencia de ese medio técnico-científico, cuyo retrato intentamos esbozar aunque de forma incompleta.

7.2 Algunas características de la nueva urbanización

Todo esto trae como consecuencia una nueva urbanización brasileña. Uno de los elementos fundamentales de

su explicación es el aumento exponencial de la cantidad de trabajo intelectual. No se quiere decir con eso que la población brasileña se haya vuelto más culta, pero sí más ilustrada porque, en este período científico-técnico, la ciencia y la técnica están presentes en todas las actividades humanas. En esas condiciones, la cantidad de trabajo intelectual solicitada es enorme, especialmente porque la producción material disminuye en beneficio de la producción no material. Esto conduce a la amplificación de la terciarización que, en las condiciones brasileñas, quiere decir también urbanización.

Por otro lado, en Brasil se amplía el consumo. La gama de artículos de consumo aumenta enormemente. La expansión del consumo en salud, educación, u ocio es paralela a la del consumo de batidoras eléctricas, televisores, y de tantos otros objetos, viajes, ideas, informaciones, e incluso esperanzas. Todo ello busca una respuesta concentrada que lleva a la ampliación del fenómeno de urbanización. Esa ampliación también ocurre porque, al lado del consumo consumptivo que se agota en si mismo, se crean en el mundo agrícola formas nuevas de consumo productivo. Es decir, al consumo consumptivo que se amplió, corresponde también una ampliación del consumo productivo, después de incorporar la ciencia, técnica e información al territorio rural. La conjunción de ese consumo consumptivo y productivo amplía la escala de urbanización.

En la medida que el campo se moderniza, al requerir máquinas, implementos, componentes, insumos materiales e intelectuales, indispensables a la producción, el mecanismo territorial de la oferta y de la demanda de bienes y servicios tiende a ser sustancialmente diferente de la fase precedente. Antes, el consumo en el campo y en las localidades propiamente rurales era, fundamentalmente, un consumo consumptivo, tanto más expresivo cuanto mayores los excedentes disponibles en función de la importancia de los rendimientos y salarios. Y por el contrario, un consumo consumptivo tanto menos expresivo cuanto mayor la tasa de explotación, más extensas las formas precapitalistas y más significativo el coeficiente de autosubsistencia. Con la modernización agrícola, el consumo productivo tiende a

expandirse y a representar una parte importante de los intercambios entre los lugares de producción agrícola y las localidades urbanas. La presencia de agroindustrias es un factor suplementario de complejidad.

El consumo consumptivo crea una demanda heterogénea según los niveles de renta, pero comparable según las mismas posibilidades de demanda. La arquitectura del sistema urbano tiende a reproducirse; lo que varía es la distancia entre los núcleos del mismo nivel que disponen de equipamientos mercantiles comparables. Esa distancia será tanto mayor -y la accesibilidad a los bienes y servicios tanto menor- cuanto menor sea la demanda generada en la región. Al contrario, si la demanda local es mayor, la distancia entre los núcleos proveedores tenderá a ser menor, y por lo tanto, la accesibilidad será mayor.

El consumo productivo crea una demanda heterogénea según los subespacios. Los equipamientos mercantiles son diferentes. La arquitectura de los diversos subsistemas es, de ese modo, diversa. En realidad, existe superposición de los efectos del consumo consumptivo y del consumo productivo, que contribuye a aumentar la importancia y la fuerza de los centros urbanos, tanto desde el punto de vista demográfico como desde el punto de vista económico, mientras la división del trabajo entre ciudades se vuelve más compleja. Por ello, Brasil tiene un número creciente de ciudades con más de 100 mil habitantes, que es el nuevo tamaño de la ciudad media. Hace tres o cuatro decenios, las ciudades medias eran las que tenían unos 20 mil habitantes.

Por otro lado, el sistema urbano se modifica por la presencia de industrias agrícolas no urbanas, frecuentemente empresas hegemónicas dotadas no sólo de una capacidad de adaptación extremadamente grande a la coyuntura, sino también de fuerza de transformación estructural por su poder de cambio tecnológico y de transformación institucional. Con fuerte influencia en el Estado, esas empresas cambian las reglas del juego de la economía y de la sociedad a su imagen y semejanza. Dotadas de una capacidad de innovación que las otras no tienen, las empresas hegemónicas hacen que el territorio pase a ser sometido a tensiones mucho más numerosas

y profundas, que se imponen y tienden a cambios rápidos y brutales de los sistemas territoriales en que se insertan.

Las ciudades locales cambian de contenido. Antes, eran las ciudades de los notables, hoy se transforman en ciudades económicas. La ciudad de los notables, donde las principales personalidades eran el sacerdote, el notario, la maestra primaria, el juez, el procurador, el telegrafista, cede lugar a la ciudad económica, en la cual son imprescindibles el agrónomo (que antes vivía en las capitales), el banquero, el mecánico agrícola, el especialista en abonos, o el responsable de comercios especializados.

La ciudad se transforma en el *locus* de la regulación de lo que se hace en el campo y asegura la cooperación impuesta por la nueva división del trabajo agrícola. La ciudad está obligada a adecuarse a las exigencias del campo, a responder sus demandas cada vez más urgentes y a darle respuestas cada vez más inmediatas. El campo se vuelve extremadamente diferenciado por la multiplicidad de objetos geográficos que lo forman, los cuales tienen, según vimos, un contenido informacional cada vez más diferenciado (esto se impone porque el trabajo en el campo está cada vez más tecnificado). Todo esto confluye en que las ciudades locales dejen de ser la ciudad en el campo y se transformen en la ciudad del campo.

En el sistema urbano, las categorías consideradas como homólogas y los niveles considerados como paralelos se

los que adornábamos nuestros trabajos y cuya arquitectura hace las delicias de la razón planificadora, ese *design* de las redes urbanas, de las jerarquías funcionales del sistema urbano, así como aquellos círculos que trazamos en torno a una ciudad para marcar su zona de influencia, deben meditar según una óptica diferente que tenga en cuenta los nuevos mecanismos geográficos.

La red urbana es cada vez más diferenciada y compleja. Cada ciudad y su campo responden a relaciones específicas, propias de las nuevas condiciones de realización de la vida económica y social, de tal manera que toda simplificación en el tratamiento de esa cuestión precisa ser superada.

En este período existe el fortalecimiento de las ciudades intermedias, vinculadas a las nuevas formas de producción y consumo. Sin embargo, merece hacer hincapié en un hecho, al que no siempre hemos prestado atención. En Brasil se da, al mismo tiempo, una tendencia a la metropolización y a la desmetropolización. Son tendencias paralelas, lo cual no tiene nada de extraordinario, pues la época en que vivimos es un período donde la paradoja es moneda corriente.

Existe una redistribución, en el territorio, de las clases medias y de los pobres. El hecho de que estas clases se redistribuyan territorialmente explica la importancia de las ciudades intermedias; y por eso, desde 1960, las ciudades intermedias crecen prácticamente tanto como las grandes ciudades, aunque éstas ya no lo hagan de la misma manera. Por ejemplo, Sao Paulo pasa a tener un gran crecimiento mientras que Rio de Janeiro disminuye relativamente su fuerza de atracción demográfica. Sin embargo, el crecimiento de las grandes ciudades es también crecimiento de la pobreza.

Es difícil pues continuar afirmando que, en Brasil, el espacio se estructura a partir de la industria. El territorio está dirigido por la capacidad de información y estos flujos son los que estructuran el espacio. De esa manera, se superponen aquello que, según Marx, llamamos círculos de cooperación y circuitos espaciales de la producción. Los circuitos espaciales de la producción crean movimiento de materia y los circuitos de cooperación crean flujos de información, que son los nuevos estructuradores del espacio.

Por último, en el interior de las ciudades, especialmente de las grandes ciudades, tiene lugar aquello que algunos autores habían prematuramente visualizado en los años 60, proponiendo la noción de "involución urbana" a partir de la llamada ruralización de la ciudad. Se trata de la invasión de praxis rurales en el medio urbano en virtud de las numerosas y brutales corrientes migratorias provenientes del campo. Hoy, tal vez se pueda hablar de una involución metropolitana, pero en otro sentido. El gran número de pobres urbanos crea las condiciones para que en las ciudades -particularmente en las grandes ciudades- surjan formas económicas menos modernas,

dotadas de menor dinamismo y con menor peso en la contabilidad estadística del crecimiento económico.

Hace mucho tiempo que Sao Paulo crece relativamente menos que el país, y crece también menos que el estado de Sao Paulo, no precisamente en términos absolutos, sino en términos proporcionales. Sin embargo, este fenómeno no es sólo paulista. En las regiones de agricultura moderna, el crecimiento económico es, por múltiples razones, mayor que en las respectivas metrópolis. Estas son lugares donde se encuentra un enorme stock de capital antiguo, mientras que en el campo, la sustitución de una composición orgánica de capital por otra composición orgánica de capital es más fácil, así como la sustitución de una composición técnica por otra composición técnica del espacio. Es mucho más caro dismantelar una cuadra, hacer una nueva avenida, un túnel o un viaducto que sustituir, con incentivos financieros y fiscales, máquinas, semillas y productos químicos. Por otro lado, el hecho de que los pobres lleguen a la ciudad y abandonen el campo moderno lleva a la recreación, en lo urbano, de condiciones para la utilización de infraestructuras económicas envejecidas.

La urbanización también aumenta porque crece la cantidad de agricultores residentes en la ciudad. Brasil es un país que prácticamente no conocía el fenómeno *village*. Se puede decir que las primeras aldeas brasileñas nacen modernas, en este mismo período, en el Centro-Oeste y con la colonización de Amazonia. Brasil es también un país donde rápidamente la población agrícola es mayor que la población rural. Esto ocurre, exactamente, porque una parte de la población agrícola es de residencia urbana. Es una complejidad más para nuestras antiguas teorías de ciudad-campo. A esa división social del trabajo ampliada, que lleva a una división territorial del trabajo ampliada, se suma el hecho de que también se amplían las diferencias regionales del trabajo.

Para Durkheim había dos nociones importantes para entender la llamada morfología social (una denominación que él quería atribuir a la Geografía, como parte de la Sociología), las nociones de densidad material y densidad moral. La densidad material incluye la densidad de población y la densidad de las obras de los hombres, es decir, la materialidad.

Y la densidad moral -que él denomina también densidad dinámica- está dada por la frecuencia de los intercurros entre las personas, de las interrelaciones entre los hombres. A la luz de nuestro tiempo, esas dos categorías continúan siendo importantes para comprender la división territorial del trabajo, sin la cual es difícil hablar de Geografía regional.

Ahora bien, las ciudades locales se especializan más en la medida que, en el área respectiva, hay posibilidades para la división del trabajo, tanto desde el punto de vista de la materialidad como desde el punto de vista de la dinámica interpersonal. Cuanto más intensa es la división del trabajo en una área, surgen más ciudades y son más diferentes unas de las otras.

Dentro de lo que frecuentemente consideramos como localidades del mismo nivel hay una diferenciación cada vez más marcada, acompañada (le una división interurbana del trabajo. Esto se verifica en Brasil en buena parte de los estados del Sudeste y Sur, con la distribución de funciones productivas entre las ciudades. Ese fenómeno se produce porque los transportes se expandieron y, al crear grandes autopistas, se suma, en las regiones más desarrolladas, una construcción igual o mayor de carreteras vecinales. De ese modo, la circulación se vuelve más fácil y el territorio más fluido. Y esa fluidez del territorio tiene como consecuencia una accesibilidad (física y financiera) mayor para los individuos. En la medida en que esa accesibilidad financiera es mayor, los precios tienden a bajar relativamente y la parte disponible del salario tiende a aumentar. Cuanto mayor la división territorial del trabajo, más grande es la tendencia a consumir, a producir, al movimiento, y a mayor creación de riqueza.

En las zonas donde la división del trabajo es menos densa, en vez de especializaciones urbanas, hay acumulación de funciones en una misma ciudad y, consecuentemente, las localidades del mismo nivel -incluso las ciudades medias- se encuentran a más distancia unas de otras.

7.3 La "disolución" de la metrópolis

A lo largo de la historia, se pueden reconocer cuatro momentos desde el punto de vista del papel y del significado de las metrópolis. Cuando el Brasil urbano era un archipiélago, a causa de la ausencia de comunicaciones fáciles entre las metrópolis, éstas sólo gobernaban en una fracción del territorio, su llamada zona de influencia. En un segundo momento, hay una lucha, sólo en el Sudeste y en el Sur, por la formación de un mercado único con una integración territorial. Un tercer momento es cuando se constituye el mercado único nacional. Y el cuarto momento, el actual, el mercado se ajusta a la crisis. Se trata de un mercado único, pero segmentado, único y diferenciado, jerarquizado y articulado por las empresas hegemónicas, nacionales y extranjeras que dirigen el territorio con apoyo del Estado. Es importante recordar que mercado y espacio, mercado y territorio, son sinónimos. Uno no se entiende sin el otro.

Actualmente, la metrópolis está presente en todas partes y en el mismo momento. La definición del lugar es cada vez más, en el período actual, la de un lugar funcional a la sociedad como un todo. Los lugares serían lugares funcionales de una metrópolis. Y, paralelamente, a través de las metrópolis, todas las localizaciones se vuelven hoy funcionalmente centrales. El vaticinio de André Siegfried (*Aspects du XXème siècle*) que veía en cada lugar el centro del mundo, se habría hecho realidad.

Sin duda, antes, la metrópolis estaba presente en ciertas partes del país. Digamos que el núcleo emigraba hacia el campo y hacia la periferia, pero lo hacía con desfases y pérdidas, con dispersión de los mensajes y órdenes. Si a lo largo del tiempo, el espacio se volvía más y más unificado y fluido, faltaban sin embargo las condiciones de instantaneidad y simultaneidad que solamente hoy se verifican.

Pero al contrario de lo que muchos imaginaron y escribieron, en la sociedad informatizada actual ni el espacio se disuelve, sólo hay lugar para el tiempo, ni éste se desvanece. Existe una verdadera desmultiplicación del tiempo, debido a una jerarquización del tiempo social, gracias a una selectividad

aún mayor en el uso de las nuevas condiciones de realización de la vida social. Con ello, se impone una nueva jerarquía entre lugares, una jerarquía con nueva calidad, a partir de una diferenciación muchas veces mayor que aquella existente entre los diversos puntos del territorio.

La simultaneidad entre los lugares no es ya únicamente la del tiempo físico, tiempo del reloj, sino del tiempo social, de los momentos de la vida social. Pero el tiempo que lo abarca todo es el de las metrópolis, que transmiten a todo el territorio el tiempo del Estado y el de las multinacionales y grandes empresas. En los otros puntos, nodales o no, de la red urbana o del espacio, tenemos tiempos subalternos y diferenciados, marcados por dominaciones específicas.

Ninguna ciudad "llega" a otra ciudad con la misma celeridad que la metrópolis. Ninguna dispone de la misma cantidad y calidad de informaciones que la metrópolis. Informaciones virtualmente de igual valor en toda la red urbana no están igualmente disponibles en términos de tiempo. La inserción de una ciudad en el sistema más global de informaciones, del cual depende su propio significado, está en función, la mayoría de las veces, de la metrópolis. Allí hay el nuevo principio de la jerarquía, el de la jerarquía de las informaciones... un nuevo obstáculo, una interrelación más fructífera entre aglomeraciones del mismo nivel, una nueva realidad del sistema urbano.

Los momentos que, en el mismo tiempo del reloj, son vividos en cada lugar, sufren desfases y se someten a jerarquías (en relación al emisor y controlador de los diversos flujos). Porque hay desfases, cada uno de esos lugares está jerárquicamente subordinado; y como los desfases son diferentes para las variables o factores, los lugares son diversos.

Las cuestiones de centro-periferia y de las regiones polarizadas resultan, de ese modo, superadas. Hoy, la metrópolis está presente en todas partes, al mismo tiempo, instantáneamente. Antes, la metrópolis no sólo no llegaba al mismo tiempo a todos los lugares, sino que también la descentralización era diacrónica. Hoy la instantaneidad es socialmente sincrónica. Se trata, así, de la verdadera "disolución de la metrópolis", que es la condición, por otra

parte, del funcionamiento de la sociedad económica y de la sociedad política.

Tenemos, ahora, el fenómeno de la "metrópolis transnacional" del cual habla Helena K. Cordeiro. Esta es la gran ciudad cuya fuerza esencial deriva del poder de control de actividades hegemónicas presentes sobre la economía y el territorio, capaces de manipular la información que necesitan para ejercer del proceso productivo en sus diversas etapas. Se trata de un hecho nuevo, completamente diferente del de la metrópolis industrial.

El dato organizacional es el espacio de flujos estructuradores del territorio y ya no, como en la fase anterior, un espacio donde los flujos de materia diseñaban el esqueleto del sistema urbano.

En el caso brasileño, vale la pena insistir sobre esa diferencia, pues en ambos momentos la metrópolis es la misma: Sao Paulo. En las condiciones de paso de una fase a otra, solamente la metrópolis industrial tiene las condiciones para instalar las nuevas condiciones directivas, al beneficiarse de esas precondiciones para cambiar cualitativamente. La metrópolis informacional presente se asienta sobre la metrópolis industrial, pero ya no es la misma metrópolis. Prueba de que su fuerza no depende de la industria es el aumento de su poder organizador al mismo tiempo que se nota una desconcentración de la actividad fabril.

Estamos frente al fenómeno de una metrópolis omnipresente, capaz, al mismo tiempo, por sus vectores hegemónicos de desorganizar y reorganizar, a su talante y en su provecho, las actividades periféricas e imponer nuevas cuestiones para el proceso de desarrollo regional.

7.4 En busca de nuevas horizontalidades

Consecuencia de lo anterior y tema de gran interés es la relación entre territorio y mercado, y como corolario la cuestión de si existe aún la región como escalón intermedio. ¿Será la región algo que mantenemos en el vocabulario porque las cosas viejas son tenaces? ¿O sólo existiría el nivel nacional y el local?

Sin duda, la noción de región puede permanecer gracias a datos infraestructurales y datos supraestructurales. Datos infraestructurales: toda la materialidad preexistente que tiene un cierto papel directivo, como vimos, sobre la división del trabajo. Datos supraestructurales: las iconografías que mantienen la idea de región a través de la noción de territorialidad, que une los individuos herederos de un pedazo de territorio; una determinada fracción de espacio.

En Brasil, aquellas empresas oligopólicas, en número cada vez menor, que dominan el territorio, fragmentan de alguna forma el territorio de manera "vertical", porque el área de mercado de la gran empresa no se integra en un proceso de difusión por contigüidad, excepto en una parte del territorio a que llamamos región concentrada de Brasil. En el resto del país su área de mercado alcanza ciertos puntos o manchas de medio técnico-científico. Fuera de ese mercado privilegiado para las empresas hegemónicas, los intersticios son ocupados por las zonas de mercado de las empresas no hegemónicas. El área concentrada, donde el medio técnico-científico es contiguo, está formada por la mayor parte de los estados del Sudeste y del Sur y parte del Centro-Oeste; hay manchas de ese medio técnico-científico, como Brasilia, tendencialmente el centro-oeste de Bahia, partes del Nordeste, y hay puntos del medio técnico-científico en todos los estados y en las ciudades, especialmente las ciudades medias. Hay, pues, un recorte esmerado del área preferencial de mercados de las grandes empresas, que acompaña los amplios ejes de circulación fuera del área concentrada, dejando para las otras empresas los intersticios. De modo que habría una repartición vertical y no horizontal del territorio, una especie de segmentación vertical del mercado en tanto territorio y una segmentación vertical del territorio en tanto mercado, en la medida en que los diversos agentes sociales y económicos no utilizan el territorio de forma igual. Esto representa un desafío a las planificaciones regionales, en la medida que las grandes empresas, que controlan la información y la redistribuyen a su manera, tienen un papel entrópico en relación a las demás áreas y solamente ellas pueden realizar la deseada neg-entropía. El espacio se desorganiza así a partir de los mismos polos dinámicos. La

nueva fuerza de las grandes empresas en este período científico-técnico trae como consecuencia una segmentación vertical del territorio. Sin embargo, ello supone que se redescubran mecanismos capaces de llevar a una nueva horizontalización de las relaciones, que esté no sólo al servicio de lo económico, sino también de lo social.

Habría, por lo menos, dos formas de llegar a esa horizontalización. Una de ellas sería a través de la intervención sobre el cotidiano, sea el de los individuos en sus relaciones interpersonales, sea el de la producción. En la medida que, en las áreas agrícolas, el territorio se especializa desde el punto de vista productivo, hay una cierta restauración de la horizontalidad de las relaciones territoriales, pero en beneficio de los actores hegemónicos de la economía. También existe otra forma de restaurar la horizontalidad de las relaciones territoriales a través del poder. En el caso de Brasil, no obstante, habría tal vez sólo dos estados capaces de una acción regional auténtica: Sao Paulo y Rio Grande do Sul. Los otros estados, por medio de los poderes constituidos, son prácticamente incapaces de regionalización. ¿Cómo pensar, a través de una nueva regionalización del poder, una realización más eficaz del poder político en el sentido de superar la fragmentación vertical, y a través de una horizontalidad recuperada, atribuir a las porciones del territorio de ese modo alcanzadas un contenido no sólo económico sino también social? En países como Brasil, el progreso técnico y sus condiciones sociopolíticas modifican las regiones en beneficio de algunos actores hegemónicos, responsables de nuevas relaciones territoriales donde los nexos distantes predominan sobre los nexos próximos y el interés económico sobre el interés social. Para revertir la tendencia, una política territorial adecuada supone la regulación social de la actividad económica. Por ejemplo, el hecho de que en Brasil una nueva Constitución haya consagrado una nueva distribución de ingreso fiscal entre las diversas entidades territoriales (Unión, estados y municipios) debe aprovecharse, a partir de las enseñanzas históricas, para instalar una sociedad más redistributiva.

América Latina siempre fue, desde los inicios de su historia europea, un continente abierto a los vientos del mundo y, en todo momento, enormemente permeable a lo nuevo. De ahí su vulnerabilidad y su fuerza. La aceptación más fácil y más acabada de los modelos de modernización le han permitido superar etapas, y recorrer en mucho menos tiempo caminos que en el viejo continente exigieron una lenta evolución. Por otro lado, ese proceso de integración se ha dado a costa de enormes distorsiones desde el punto de vista territorial, económico, social y político. El período técnico-científico comienza a implantarse en el continente bajo esos mismos signos, añadiendo nuevas distorsiones a las heredadas de las fases anteriores. ¿Se puede imaginar, no obstante, en este nuevo período histórico, que es la fase de las organizaciones y también la fase de la inteligencia, la posibilidad de revertir esa tendencia? Sin duda, ese es un gran desafío para los pueblos latinoamericanos y sus intelectuales, orientados a pensar el futuro a partir de las realidades del presente. El punto central no es sólo la elección de las nuevas variables históricas, en un mundo en que la modernidad fue irrecusable, sino la dosis de su combinación, ya no a partir de los imperativos de la técnica subordinada a la economía, sino a partir de los valores. Esto daría la oportunidad a una nueva forma de pensar un porvenir, donde lo social dejaría de ser residual y se atribuiría a la economía un papel histórico subordinado, en beneficio del mayor número.

El retorno del territorio`

Vivimos con una noción de territorio heredada de la Modernidad incompleta y de su legado de conceptos puros, que tantas veces pasó por los siglos prácticamente sin cambios. Es el uso del territorio y no el territorio en si mismo, el objeto del análisis social. Se trata de una forma impura, un híbrido, una noción que, por eso mismo, carece de constante revisión histórica. Lo que tiene de permanente es ser nuestro marco de vida. Su entendimiento es pues fundamental para alejar el riesgo de alienación, el riesgo de la pérdida del sentido de la existencia individual y colectiva, el riesgo de renuncia al futuro.

En una palabra; caminamos, a lo largo de los siglos, de la antigua comunión individual de los lugares con el Universo a la comunión hoy global, es decir, la interdependencia universal de los lugares es la nueva realidad del Territorio. En ese largo camino, el Estado-Nación fue el marco, un divisor de aguas, que entronizó una noción jurídico-política del Territorio, derivada del conocimiento y de la conquista del Mundo, desde el Estado Moderno y el Siglo de las luces hasta la era de la valorización de los recursos llamados naturales.

Hoy, la Naturaleza es histórica ... incluso el denominado "medio-ambiente". Su valor "local" es relativo, o en todo caso, relativizado.

Antes, era el Estado, al final, quien definía los lugares - de Colbert a Golbery, dos nombres paradigmáticos de la subordinación eficaz del Territorio al Estado. El Territorio era la base, el fundamento del Estado-Nación que, al mismo tiempo, lo moldeaba. Hoy, cuando vivimos una dialéctica del